

CUATRO TESTIMONIOS, O LA NUEVA PRESENCIA POETICA DE SEVILLA

Por JUAN DE DIOS RUIZ-COPETE

1. APELACIÓN AL TIEMPO

Si la poesía como cuerpo orgánico que está en movimiento continuo, se corresponde —nos referimos a su vicisitud como acción pública instalada en el tiempo— más con una expresión de la sensibilidad que del pensamiento, sin que, naturalmente, ambos condicionantes conceptuales se excluyan entre sí, es más, necesitándose recíprocamente, la intensidad poética de un momento tendría que venir determinada por una clara hegemonía de la sensibilidad. No creemos que éste sea precisamente el signo de esta hora y, sin embargo —reducimos el enfoque a la estricta jurisdicción de nuestra tierra del Sur—, la floración poética de estos últimos años resulta ya evidente. ¿Cómo se explica esto? Puede que por la ley de las paradojas que acaso tenga —y desconozcamos nosotros— una implacable inexorabilidad interna. Lo cierto es que de unos años acá —un par de ellos o tres, no más— una vocación poética ha hecho en aislados grupos corporativos, como corresponde a nuestro *ius taifal*, acto de presencia en revistas como «Cal», «Gallo de Vidrio» y en colecciones de libros como «Angaro» y «Aldebarán».

Domingo Paniagua, que escribió certeramente sobre el fenómeno de las revistas poéticas del país, abarcando desde fi-

nales del XIX hasta el inflacionismo que caracterizó los primeros años de la década de los cincuenta, somete a meditación, desde un punto de vista socioliterario, la coincidencia de su proliferación con las épocas en que ha existido, políticamente, un poder ejecutivo fuerte, citando como ejemplos el período de la Dictadura y el de nuestra posguerra.

En principio, parece poco probable que un especial clima de presión política origine cualquier estallido que no sea el de la acción directa contra estos dogales. Poco puede contra ellos la literatura y acaso menos aún la poesía. No nos vale el ejemplo de Graham Green de que mientras la enorme y violenta Italia del XVI produce en sólo unas décadas un espléndido Renacimiento, en siglos de beato pacifismo cantonal Suiza sólo ha llegado a incubar el reloj de cuco. Ambas cosas son, apelemos a la Historia, distintas con motivaciones diferentes. No buscan los movimientos libertarios este tipo de desahogos.

Mas prescindiendo de tan complejo aspecto de la cuestión, es evidente que a períodos de una indudable vibración poética suelen seguir otros de casi total adormecimiento. Por no referirnos sino a los que casi tocamos con la mano, al período de la Revista «Grecia» —años inmediatamente posteriores a la gran guerra del 14—, la publicación que alentaran Rafael Cansinos-Assén, Isaac del Vando, Miguel Romero Martínez, Luis Claudio Mariani y Adriano del Valle, con sus dos etapas clásico-modernista primero y ultraísta después, sucedió una década de modorra poética —seguimos refiriéndonos al ámbito de Sevilla— hasta que en 1926 —junio, primavera alta, ya— aparece el primer número de «Mediodía», sin duda la revista que con más personalidad —a un lado los intentos de mitificación por parte de sus propios miembros sobrevivientes— navegara los aires literarios de la época.

Efímera como todas, pero con la vida suficiente para dejar la estela de un estilo —ni tanto, desde luego, como han querido inculcar los fanáticos del grupo, ni tan poco como han pretendido sus detractores furibundos— a «Mediodía», con un recorrido de Gadiana de la poesía —1926 a 1933: 26 números; 1935-1936: cuatro números; 1939: dos números— si-

guió, a su vez, un larguísimo silencio que se abrió con el trauma de la guerra civil y no se cerró hasta que, mediada ya la centuria, advinieron los «taifas» del cincuenta y tantos: «Gualquivir», de la mano de Manuel García-Viñó, José María Requena, Amalio García Arias y Fausto Botello; «Aljibe», la de las viñetas inefables de Higinio Capote, incubada en el comfortable saloncito del Club La Rábida, por Aquilino Duque, Juan Collantes de Terán, Antonio Gala, Bernardo Carande y Angel Medina; «Ixbiliah», la revista de los cuatro números climatológicos —cuatro al año coincidiendo con las estaciones— dirigida autárquica y francotiradoramente por María de los Reyes Fuentes; «Rocío» —«rocío, poesía: caída matinal del cielo al mundo»— como recordaba otra de las publicaciones del momento para aclarar que su título no se refería al tópicico de la romería almonteña sino a los versos de Juan Ramón, y que alentaron —poco aliento cuantitativo, dos números tan sólo— Manuel Mantero, Julia Uceda y Angel Benito.

Y aunque no se pretende, ahora, una catalogación de las publicaciones de la época deben citarse, para conocimiento de nuestra distraída comunidad cultural, «Floresta de varia poesía» (Cuaderno Literario de los Anales de la Universidad Hispalense), dirigida por el profesor López Estrada; «Loreley», también incubada al calor del Club La Rábida y la tolerante imprenta de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos; y «Arlequín», una ambiciosa revista que feneció apenas nacida, de la que era todo, director coordinador y editor, José Luis Ortiz de Lanzagorta.

Organos de expresión diversos y aislados pero coexistentes, esto es, integrantes de un mismo proceso plural que simbolizan hoy —sin desorbitar las cosas, tampoco— el eventual pero inquieto latir poético de un período. ¿Y qué es esto del latir poético de un período, en un mundo como el nuestro en el que se ha operado tal trastrueque de valores, se ha perdido tan monstruosamente el sentido de la Historia que cualquier cosa menos las del espíritu se erige en vestal para nuestra más agresiva y angustiada idolatría?

Por de pronto, y ahora que tanto se habla de la reivindicación andaluza, aquello sirvió para que el Sur sonara. Las re-

vistas de Sevilla que hemos citado fueron coetáneas con las de otras geografías meridionales: «Platero», en Cádiz, con Fernando Quiñones, Felipe Sordo, Pilar Paz, José Luis Tejada; «Alcaraván», en Arcos, con Julio Mariscal, los hermanos Murciano, Antonio Luis Baena, Manolo Capote Benot; «Alfoz», en Córdoba, con Mariano Roldán; «Caracola», en Málaga —ejemplo hoy de heroica supervivencia— con José Luis Estrada; «Caleta», también en Cádiz, con José Manuel García Gómez; «Madrigal», en Puerto Real, con Eduardo Gener.

Para que el Sur sonara —repetimos— de una manera válida y polimorfa. De aquel tiempo, de aquellos núcleos germinativos —a salvo las inevitables frustraciones, las oportunas deserciones y las sucintas incorporaciones posteriores— surge lo que aún hoy constituye su representación más enteriza.

Pues bien, a los «taifatos» del cincuenta y tantos ha seguido el más dilatado y alarmante silencio —veinte años— de poética manifestación corporativa hasta que brotan —estamos ante ellos— los grupos antes citados de «Angaro» y «Aldebarán» y las revistas «Cal» y «Gallo de vidrio» a los que habrá que dedicar en el futuro la atención que exigen como manifestaciones literarias.

2. SÍNTOMAS PARA LA ESPERANZA

Pero a la vista de que a los «taifatos» poéticos del cincuenta y tantos y a sus respectivos liderazgos ya citados siguió un silencio tan prolongado como alarmante —veinte años de mutismo poético corporativo son muchos años, aunque a esto del estruendo no haya que concederle excesiva importancia—, hace poco, un par de años o tres, hubimos de lanzar nuestra voz —modesta pero voz al fin— para señalar la alarma. Todos los síntomas del momento poético sevillano —prescindíamos naturalmente de la proyección de futuro que cabía, y aún cabe esperar, de los poetas en trance de madurez en su proceso de evolución— conducían a un diagnóstico de crisis. Y no sólo por la falta de una nueva calidad sino también —y sobre todo— por la ausencia numérica —una golondrina no hace prima-

vera— de poetas jóvenes que asumieran el deber y el derecho de erigirse y transmitir el legado de la hora presente. Lo alarmante no era —con serlo— la ausencia de una generación o, al menos, de un grupo coherente aunque mínimo que anunciara combativamente —como sucede en todo relevo generacional— su propósito de colocarse en vanguardia, naturalmente que con los elementos de la creación —voz, forma, contenido— indispensables para ello, sino de nuevas individualidades que a falta, por razones de edad, del poder total de la creación poética comparieran al menos con los dones estrictos para dar, con entusiasmo, testimonio de su hora.

No obstante, junto a este pronóstico nada esperanzador, que tenía sus fundamentos —al menos uno lo intentaba— no en el mero azar literario sino en el análisis de una situación, dejábamos abierto, por personal proclividad hacia el optimismo y por la fe en los ciclos de la historia, los portillos de la esperanza. Porque razonábamos: ¿faltan, quizá, hoy, ni han faltado nunca, los presupuestos para un clima espiritual de mensaje? ¿Han desaparecido, acaso, del panorama de la vida las motivaciones hirientes que son, en definitiva, las que colocan a la poesía en sus cúspides de clamor? No. Haría falta estar omnubilado para no ver cómo hiera la cuchilla de la vida —sentir es sufrir—, el sentido trágico de la época en que cada momento surge un conflicto que pone a la Humanidad en trance de destrucción. Hay hambre de pan y de paz; de amor, y de justicia, y de verdad. El miedo cósmico gravita, latente, sobre el hombre como un pavor universal; Dios está ahí para que por unos se le adore, por otros se le increpe y por otros se le ignore. La muerte se yergue, más que nunca, frente al hombre o como simple punta de la vida o como oscura vocación metafísica. Subsisten —quíerese decir— las grandes motivaciones que, en todo tiempo, han estimulado la poesía hacia sus cualidades más supremas.

Pues bien, existiendo todo esto y haciendo falta para convertirlo en clamor poético sólo una sensibilidad, alertada las antenas del testimonio, con el poder oculto de la creación, en cualquier momento podía irrumpir aquélla. Y aunque durante este tiempo no haya surgido ningún genio —no estamos con

los sociólogos que, dando al proceso de la civilización un tratamiento biológico, estiman que una cultura está en peligro de coma si cada cierto tiempo, diez, quince años, no surgen un par de genios por lo menos— parece que hay síntomas que inician un desperezo poético de la ciudad: la reciente aparición de las revistas «Cal» y «Gallo de vidrio» y la heroica subsistencia de las colecciones poéticas «Angaro» y «Aldebarán» brinda la oportunidad de plantearse, bien que sumariamente y con base más en la esperanza que en la realidad de unas conquistas, si se está ante un nuevo adviento de la poesía sevillana.

Cierto que ninguno de estos grupos ostentan una legitimidad químicamente sevillana, pues «Angaro», si bien cuantitativamente alentada por una mayoría sevillana, está dirigida e impulsada por un castellano: Manuel Fernández Calvo. Y «Aldebarán» por un triunvirato —Roberto Padrón, Arcadio Ortega y José Luis Núñez— del que sólo este último es sevillano, de la provincia —Padrón es cubano y Arcadio Ortega granadino—. Mas tampoco es cosa de exigir una adscripción tan escasamente vinculante como la que impone el Registro civil.

De estos grupos, sólo «Cal» —dirigida por Joaquín Márquez— y «Gallo de vidrio» —la más modesta, pero acaso la más experimental, dirigida por José Manuel Vílchez— nacen bajo liderazgo genuinamente sevillano, naturalmente que arropado ese impulso por la ineludible y conveniente colaboración foránea.

Otra cosa —aparte lo que como vibración corporativa vengán a significar en el panorama— es la calidad intrínseca de su aportación sobre la que, como es obvio suponer, es pronto para pronunciarse. De las dos colecciones de libros, «Aldebarán» muestra una mayor exigencia estética —también una más atractiva presentación— con aportaciones realmente notables como «Epica menor» de Alfonso Canales, la reimpresión del ya clásico «Vigilia del jazmín» de Rafael Laffón, «Tiempo muerto» de Antonio Luis Baena, «Lejos de esta lluvia tan amarga» de Victoriano Crámer, «Fragmentos en espi-

ral desde el pozo» de Concha Lagos o el más reciente «Los pies de las estrellas» de Joaquín Márquez.

«Angaro» parece, desde sus principios, adscrita a un excesivo conservadurismo, a una extrema devoción por las formas clásicas, contra las que naturalmente nunca estamos pero a las que probablemente poco beneficie hacer de ellas casi su talante exclusivo. La poesía es algo vivo, en movimiento continuo, que está rasgando permanentemente nuevos horizontes formales. No quiere ello decir que haya que admitir sólo lo experimental por el hecho de serlo: cuánto esnobismo y cuánta incapacidad se cobijan bajo la apariencia de una falsa inquietud renovadora... Pero sí la coexistencia de todas las formas válidas —tradición, experimento— de concebir y hacer la poesía.

Veinte números, hasta la fecha, de la revista «Cal» autorizan ya a un categórico vaticinio de esperanza. Desiguales en calidad y aunque en el pórtico del primer número se decía, entre otras cosas, «una revista abierta a todos los poetas y que pretende sólo dar a conocer, desterrando prejuicios, la poesía en cualquier forma que se presente» es lo cierto que acusa, asimismo, hasta la fecha, una evidente proclividad hacia las formas tradicionales, el soneto sobre todo —ocho en el primer número; diez en el segundo; dos en el tercero— que aunque los hay de excelente factura, los de Joaquín Márquez, por ejemplo, también le resultaría beneficioso abrirse a fórmulas más vivas y testificales.

De todas maneras no es éste el momento —tiempo habrá de ello— de analizar con rigor, sino de saludar con alborozo estos cuatro testimonios de la nueva presencia poética de Sevilla.